

Decimotercera Conferencia. 8 de noviembre de 1916.



George Groddeck
Biblioteca de Psicología Profunda.
Editorial Paidós. 1983.

He ventilado, a grandes rasgos, los problemas más importantes de los primeros años, pero quisiera llegar un poco más lejos y llamar la atención sobre un proceso que tiene un alcance muy particular: el hecho de la separación con respecto a los padres que debe producirse a fin de que surja un ser humano autónomo. A este proceso le acompañan una serie de características sobre las que deseo llamar la atención de ustedes. Es necesario que en un momento dado, lo antes posible, se establezca cierta distancia entre uno y los padres, pues de lo contrario se le trunca toda posibilidad de desarrollo al niño. Si no hubiera necesidades que los padres no pueden satisfacer, entonces deberíamos suponer que el ser humano tendría que seguir siendo siempre un lactante. Por otra parte es necesario una separación psíquica respecto de la autoridad paterna, cosa que no siempre se produce como sería de desear. La dependencia del niño se hace menor, en virtud de que algunas fuerzas que tienden en la misma dirección emanan de los padres mismos; tales son por ejemplo, el deseo del padre y la madre de que el niño aprenda a hablar y a correr, de que empiece a jugar solito. A los padres no les gusta tener a alguien que va a mantener siempre una dependencia de ellos; por el contrario desean tener un juguete al que de vez en cuando se lo puede dejar a un lado. Aquí también interviene la vanidad y el orgullo. Los niños son estimulados por los padres a ser autónomos lo más rápidamente posible, y esto continúa posteriormente, en el caso de que los padres cumplan con este deber. Este proceso de separación comienza muy temprano, porque la atención del niño se dirige a todo lo le rodea en su habitación y fuera de ella, y continúa cuando el niño aprende a hablar y a andar; y cuando los hermanos y hermanas intervienen en su vida el proceso adquiere una gran dimensión. Entonces aparecen nuevos competidores de los padres, frente a los cuales pasan a segundo plano los goces que han proporcionado éstos. Un hermano o una hermana son mejores compañeros de juegos que los padres, así los juegos con los padres pierden su encanto y es más atractivo jugar con el hermano menor o con la hermana que con una muñeca. Al crecer, hermanos y hermanas comienzan a compartir sus intereses pues el niño observa bien pronto que los padres no los comparten, que no comprenden absolutamente nada de ellos. Así se va estableciendo cierto alejamiento de los padres, y también una inclinación más decidida hacia el sentimiento de camaradería en la vida. Esto fue lo que mencionó un oyente, uno de ustedes, la última vez, es decir, la tendencia a la fraternidad, que presenta especiales características y que habrá de ocuparnos a menudo. Simplemente quisiera poner de relieve que la fuerte inclinación hacia los hermanos y hermanas actúa como una separación de cara a la autoridad de los padres; esto podría dificultar el desarrollo del niño. Si se piensa que ninguna aptitud se desarrolla por sí sola, sino que es menester que todas ellas sean estimuladas desde el exterior, caemos en la tentación de creer que la presencia de los hermanos y las hermanas en la vida del niño sólo tiene como fin despertar nuevas condiciones y relaciones de vida. Pero no es totalmente el caso. Aunque tampoco se puede dejar completamente a un lado la idea de que los hermanos y las hermanas son, en cierta medida un elemento hostil a los padres. Esto se manifiesta en las desobediencias comunes de los niños, en las cuales éstos se conjuran consciente y deliberadamente contra los padres y se solidarizan frente a estos últimos. Un niño que abandona a sus hermanos y hermanas en un acto de desobediencia y que no es solidario con ellos es despreciado y se le hace ver que la relación de camaradería es más vinculante que el sentimiento de autoridad. Los juegos comunes cohesionan estrechamente a los niños y les dan una vida en comunidad profunda, un contrapeso en las relaciones entre padres e hijos. Si se considera esto, también se comprenderá, por otro lado, lo que dije la vez anterior sobre la rivalidad y los celos de hermanos y hermanas. Si hubiera un

afecto demasiado fuerte, de nada serviría separarse de los padres, pues el niño caería en la dependencia de hermanos y hermanas. La naturaleza ha creado, así, esta relación de celos. El proceso de separación respecto de los hermanos y las hermanas comienza con el nacimiento mismo y dura, con diversas fluctuaciones, mucho tiempo, hasta que se conforma una relación más fuerte.

Frente a los padres, esta singular relación de amistad entre hermanos y hermanas desempeña un gran papel, que no se debe subestimar. De este modo comienza el importante proceso al que ya he hecho referencia, progresivamente reforzado por otros procesos que intervienen en la vida del niño; las ayas, las sirvientas, el perro, el gato, el caballo, el juguete, la muñeca, los soldados, los álbumes de cromos, el jardín, la casa, etcétera, todo contribuye a aflojar los estrechos vínculos existentes entre madre e hijo... El hijo comienza a tener una vida mental completamente suya, y de esto deriva que en el espíritu del niño se anuden relaciones dobles, parte de las cuales se comunican a los padres, mientras que al resto de ellas se las mantienen en silencio. A los padres se les ocultan las sensaciones preferidas. Todo aquello que es secreto tiene una gran fuerza de atracción para el ser humano. A todo niño le gusta esconder sus sensaciones, y esto se pone de manifiesto en una serie de juegos infantiles, como por ejemplo el juego del escondite. Consiste en enseñarle al niño a ocultarse o a encontrar a alguien que está oculto. No es algo deliberado, sino dado por la naturaleza. Todos los padres y las madres lo juegan con los niños, sin proponérselo conscientemente. Y sin embargo son muchas las cosas involucradas en este juego; al niño se le enseña a esconder algo y a esconderse. Esto también favorece la separación respecto de los padres. Una vez que existe ya cierta cantidad considerable de secretos, es cuando el sentimiento de separación se hace mayor que al principio, cuando se comunicaba todo. El juego del escondite desempeña igualmente un gran papel en la vida del niño y también en su vida de fantasía. Pero dicho sea de paso, lo principal es que los hermanos y las hermanas provocan un desapego mutuo respecto de los padres, que es bastante fuerte y que se manifiesta en el hecho de que de vez en cuando se hace presente el deseo de que tan sólo por un momento el padre o la madre no estuvieran allí...; en el caso de los adultos, este deseo equivale al de la muerte. También se da otra forma de separación que arroja una luz muy especial sobre nuestras vivencias religiosas. En efecto, en un determinado momento de su vida el niño tiene, de manera general, una idea repentina: no soy el hijo de estos padres; no soy hijo de mi padre; él no es más que mi padre nutricio, mi padre adoptivo; mi verdadero padre es alguien distinto. Y para ello escoge a alguien diferente que le impresiona de modo especial. Con frecuencia surge en él la idea de ser hijo de un rey, o de tener un padre noble que ha sido misteriosamente obligado a abandonar al niño, el cual ha caído, así, en las manos del padrastro. Y a menudo ocurre también todo lo contrario: se considera auténtico al padre y se piensa que no se es hijo de la madre sino que ésta ha sido sustituida. Más raro es cuando se cree no tener absolutamente nada que ver con los padres y que uno procede de otra familia, y que por vías milagrosas ha llegado hasta esta gente que le prodigan atenciones y que esos hermanos y hermanas no lo son en realidad. También sucede que él se considere el hijo legítimo y que el sustituido sea uno de los hermanos, pero lo que no ocurre jamás es que uno no se plantee en absoluto, el problema de la sustitución.

Es una idea de características bastante curiosas: no sólo se halla presente en los diferentes individuos, sino que además desempeña un papel igualmente importante en las religiones y las leyendas de la humanidad. Las ideas que giran en torno al héroe indican que este proceso no es únicamente un producto de los libros y leyendas en nuestros días, sino que este pensamiento existe desde que el mundo es mundo: “mi verdadero padre no es mi verdadero padre; tengo otro”. Ya lo encontraremos en los mitos de los griegos, los romanos y los germanos. Forman parte de este grupo Rómulo y Remo, Hércules, Aquiles y, entre nosotros, los Wälsungen, cuya estirpe se hace descender de un dios. Todo esto se elabora de las maneras más diversas, pero en general adquiere una forma común que está presente en casi todas partes. Se trata de lo siguiente: un niño viene al mundo y el padre teme una desgracia; entonces es abandonado y otros padres lo toman a su cuidado. Pero reaparece misteriosamente y se convierte en rey. Hay aquí otras curiosas particularidades. Al niño se lo abandona casi siempre en una cesta. Dentro de ella se le deposita en un río o en una ribera. La historia a través de los símbolos no es una invención de nuestro tiempo; siempre ha existido entre los seres humanos. Cesta y río no son más que una transcripción simbólica del nacimiento. La cesta es la matriz; el río, el líquido que hay dentro del cuerpo materno; y el abandono, el proceso del alumbramiento. La cesta es hallada y entonces se confía el niño a una nodriza. A veces se busca a la propia madre para criar al niño, y otras lo cría una pareja de siervos que precisamente acaban de perder un hijo y por esa razón

acogen con amor al recién nacido. Lo más característico es la circunstancia de que haya surgido la idea de un abandono semejante del niño, de imaginarse para él en la leyenda o el mito otros padres, diferentes de los que inicialmente tenía. Esto se relaciona con el hecho de que todo ser humano tiene desde el primer instante este pensamiento: “mi padre es un dios”. El niño descubre luego que el padre no es en absoluto tan omnipotente y se da cuenta de que existen otras personas ante las cuales el padre debe quitarse el sombrero, así como de que éste siente miedo ante la madre, se le ve a veces preocupado, debe salir a ciertas horas, está ligado a determinados lugares, etcétera. Pero no puede aún sustraerse de la idea de Dios; busca una salida y se representa un padre extraño, situado aun más alto, y piensa: “este padre no es mi padre; es demasiado modesto para mí; mi verdadero padre está muy lejos, tal vez es un rey y su reina le obedece en todo, sin atreverse siquiera a contradecirle”. Esto es lo primero que hace el niño. Pero los niños hacen algo más cuando son maduros: ya no se imaginan a un padre humano, sino que toman a un dios y finalmente se forjan la representación de que todos los seres humanos descienden de un dios y de que por tanto el padre de todos los seres humanos es Dios. Esto no es más que un sencillo proceso de transferencia en la vida infantil, de modo que el niño comienza por levantar los ojos hacia el padre como hacia algo sobrenatural, y sin poder separarse de esta idea, construye para sí un padre imaginario. Pero surge una pequeña dificultad en esta exaltación del padre, ya que, si en efecto el niño no es hijo legítimo de ese padre, entonces saca esta conclusión: “soy hijo de mi madre, pero ella debe de haber cometido adulterio o habrá tenido una aventura indecente.”

La imaginación popular ha dado con una salida notable. Ha hecho del niño el hijo de Dios y de una madre terrestre. Para que esta madre no sea simplemente una concubina o, peor aun, una mujer adúltera, la imaginación ha encontrado la solución de convertirla en madre virgen. El hijo de Dios se convierte así en el hijo de una virgen. El hecho de que una virgen traiga al mundo un niño era algo tan realmente extraordinario para la época, que la comprometida situación de la madre quedaba así cómodamente puesta a salvo. En ese terreno germinó la idea del nacimiento virginal del hijo de Dios, a lo cual hay que añadir además la circunstancia de que el proceso de la procreación era tenido en sí mismo como algo sucio, como una mancha deshonorosa que debía ser eliminada de la vida de la madre. Este proceso no significa otra cosa que lo que todos nosotros hacemos con nuestra madre. Ciertamente, nos resulta insoportable de niños la idea de la relación sexual entre nuestros padres. La del padre puede pasar; pero la de la madre, jamás. Suponemos que esto es debido a algún milagro de la naturaleza. Esta creencia resulta perturbadora y es la que siempre da lugar, con ocasión de acciones ulteriores, al pensamiento: “¿qué va decir mamá?” Y este criterio, aun cuando por un lado pueda ser bueno, es por otro molesto, tan molesto que la vida en su totalidad queda destruida por la sumisión a la madre idealizada. Esta forma de pensar está relacionada íntimamente con toda una serie de enfermedades. Quisiera mostrar cómo en efecto surgen de ahí grandes dificultades.

El niño ha decidido de buena fe ignorar que la madre haya tenido alguna vez sentimientos sexuales. Si la madre ya ha muerto, puede hacerlo; pero si todavía vive el asunto se complica. El niño debe permanecer ciego a los movimientos de la madre, a la forma en que ésta se viste, a las modulaciones de su voz. Debe insensibilizarse a su olor. En una palabra, se sitúa en una posición violentamente falsa, adopta un sentido tan estricto que se suscitan grandes dificultades. Si esto no marcha, el niño piensa: “mamá tiene ahora una sensación de placer”. Y entonces siente remordimientos: “pienso de mi madre cosas que son impúdicas y horribles; no es mamá la mala, el malo soy yo”. He ahí la conclusión, y así es como se constituye el escrúpulo, ese extraño reproche dirigido a sí mismo, la penitencia, que desempeña un papel importante en la vida. Son cuestiones muy embrolladas y resulta difícil exponerlas con claridad, porque hay olas que se propagan de un complejo a otro y se confunden entre sí. Desearía sólo destacar de nuevo la importancia de la separación, que, en lo que respecta al padre, se produce bajo la forma de un alejamiento, que no resulta tan peligroso. En cuanto a la madre, la separación se produce so capa de la idealización. En el caso del padre, se puede compensar este alejamiento; en el de la madre, no. Hay seres que no se casan porque nunca llegan liberarse del complejo de la madre. Tratándose del padre, primero tiene lugar el alejamiento; tratándose de la madre, en primer lugar se la exalta por encima de lo humano, es una negación y una resistencia a ver las cualidades humanas de la madre. Sin embargo, la aparición de los hermanos y las hermanas, los instructores, los compañeros, el alejamiento y la santificación, no serían suficientes si no existiera también la capacidad de olvidar. Cuanto más olvida el ser humano, más feliz es. Quienes no pueden olvidar son

desgastados y desgarrados por sus propios recuerdos. El olvido no afecta a los poemas aprendidos de memoria y que uno puede volver a olvidar; se refiere a los acontecimientos de la vida que no debemos recordar. Es mejor aun cuando no se sabe que se ha vivido el día anterior. Los seres humanos que no pueden olvidar se encuentran en una mala situación. Que el olvido sea bueno, es cosa que incumbe a la relación del niño con los adultos. Si no pudiéramos olvidar, jamás podríamos digerir las impresiones excitantes de nuestra infancia. El niño alza los ojos hacia su padre y su madre con extraordinaria admiración que en gran medida subsiste luego durante los primeros tres años de vida. Después, poco a poco, comienza a darse un cambio que se manifiesta en el hecho de olvidar por completo esos años. Esto significa que la dimensión sobrenatural del padre y la madre debe ser totalmente eliminada de la mente del niño para que éste pueda hallarse en condiciones de asumir su propia vida. El ser humano no olvida al azar; olvida únicamente lo que le resulta incómodo e insoportable, pero nunca otra cosa. No olvida lo que es importante para su alma. Por lo que uno conserva en la memoria se tiene la medida de lo que es significativo para él. Si olvida el nombre de alguien, ello prueba que ese individuo en cuestión se ha vuelto poco importante en su vida, menos aun tal vez que otros recuerdos relacionados con él. Que uno no llegue a recordar, por ejemplo, el nombre de Müller. Tal vez pueda sentirse una gran afecto por ese tal Müller, pero a pesar de todo llega un momento en que uno se pregunta: “¿pero cómo se llama?” Examinando este curioso ejemplo se hace evidente que, en el momento en que ese nombre se olvidó, se había producido una asociación de ideas que hacía insoportable su recuerdo. Tal vez se llame Georg Müller. Y uno recuerda de pronto: “hace veinte años conocí a un Georg Müller que me hirió y atormentó profundamente”. Esa es la razón por la cual se puede olvidar por un instante el nombre de la persona que puede ser nuestro mejor amigo. La impresión del acontecimiento es quizás más intensa que el amor por el amigo. Hay enamorados, por ejemplo, que se dan mutuamente todo tipo de nombres, tales como tesoro, corazón, etcétera. Tan pronto como se ponen de mal humor, se llaman por su nombre de pila y hasta anteponen un “querido” o “querida”: “querida Emilia” o “querido Antonio”. Hay instantes en que una persona determinada olvida por completo que ama a esa otra persona. Casi siempre uno adopta un nombre propio, no precisamente el de la mujer que uno ama, sino uno cualquiera. A los tres años uno ha querido a un tal Hans, y con el tiempo uno adopta ese mismo nombre: Hans. Entre el primero y el último Hans hay además toda una serie de Hans. Si se trata de una persona casada, se olvida que el tesoro se llama Hans o Liese, porque los nombres están recargados. Hay toda una multitud de Hans y de Liese en etapas de la vida anterior, en los que no se desea pensar. El nombre en cuestión sólo vuelve a surgir cuando uno desea asestarle un golpe a su dueño. A esto se llama olvidar. Se procura olvidar todos los recuerdos relacionados con el nombre Hans y se busca una nominación completamente distinta. Todo el mundo sabe que se olvida una invitación cuando ésta es muy desagradable, o que olvida felicitar a alguien por su cumpleaños cuando en la correspondiente carta de felicitación debería tal vez expresarse cierta ternura que constituiría una solemne mentira, y el ser humano se subleva contra esta falsedad. Hay personas que olvidan la fecha de una defunción o la de su propio matrimonio. Este tipo de olvidos angustia a mucha gente; casi siempre ocurre con los nombres. Pero que se hayan olvidado fechas históricas o de los primeros tres años, eso no importa. Y no sólo les ocurre a los ancianos, también los jóvenes se olvidan de esas cosas, y hasta de ciertas fisonomías. ¿Cuántas personas serían capaces, por otra parte, de dar una indicación precisa sobre tal o cual habitación, o sobre el color de los ojos de su madre, etcétera? Respecto a lo extraño que es el olvido, pude comprobarlo una vez de manera muy evidente. Había en la Marienhöhe una dama de cierta edad que trataba de convencerse de que ya no estaba en la plenitud de todas sus facultades y de no tener “vela” en ningún entierro. Yo procuraba hacerle ver que eso no tiene nada que ver con el cerebro ni con las capacidades intelectuales, sino que surge del hecho de que existen una multitud de cosas que resulta demasiado desagradable conservar. Pero ella no me creía. Entonces le pedí que mirara atentamente el escritorio y luego enumerara todos los objetos que había sobre él, para lo cual disponía de unos pocos minutos. Me levanté, le tapé los ojos y ella comenzó a enumerarlas. A mi insistente pregunta: “¿Nada más hay en el escritorio?”, siempre respondía: “No”. Pero cuando le destapé los ojos vio que sí la había: era la fotografía de sus hijos. Ella misma la había puesto allí el día anterior. Eran dos oficiales de reserva uniformados. Explicación: uno había caído en el frente y el otro estaba en plena contienda en Rusia; de éste hacía ya tiempo que no tenía noticias. Este pensamiento, el de que uno había muerto y el otro acaso también, le era tan insoportable que había olvidado su fotografía. Experiencias como ésta se pueden hacer todos los

días, a cada hora, y se puede aprender a comprender de qué manera el ser humano ve, oye, huele, respira. No puede verlo todo, oírlo todo, olerlo todo, sino únicamente aquello que le agrada. Se podría pensar que esto es falso, porque con frecuencia se ven cosas desagradables, pero la mayoría de las veces no lo son tanto, tienen su atractivo particular. Hay en ello un error de reflexión, un error de observación. Entramos en una habitación y vemos algo que resulta desagradable; tal vez un gato se ha ensuciado. Es desagradable ahora, pero para el niño no lo era; al contrario, porque para él significaba todo un acontecimiento. En la casa se producía gran revuelo y el gato recibía una buena tunda. Que posteriormente se haya tornado desagradable, es otra cosa. Pero alguna vez se tuvo una impresión agradable y por eso se percibe. No hay persona que al defecar no mire, pues esto le causa tanto placer como al niño, que sentía gustosamente el olor porque su sensación le causaba placer. Se introduce algo por arriba, en la boca, y por abajo sale otra cosa completamente distinta. Para hacer comprensibles los difíciles problemas de la separación he debido delimitar (demarcar) muy diversas orientaciones del pensamiento, nada fáciles de integrar entre sí.

Volver a Publicaciones de Groddeck

Volver a Newsletter 11-ex-37